



Hugo Rodríguez-Alcalá



Julián Talavera

Nada del otro jueves lo que voy a contar; no sé por qué nunca me olvido de un episodio en que mi ordenanza Julián Talavera fue protagonista. Suelo contar cosas más interesantes, de las pocas que recuerdo. Esta nunca la cuento porque no es nada sensacional; sólo a mí me interesa. Acabo de ver en un diario unas viejas fotos de Corrales y Toledo. ¿Cómo no me voy a acordar de nuestra primera escaramuza?

Cuando revisté mi compañía en junio o julio de aquel año, pasé frente a mozos bronceados de no muy limpio uniforme verde olivo. Yo quería un ordenanza confiable. Me detuve ante el más limpio. Teníamos muy poca agua entonces.

-Yo te conozco -le dije.- Tengo que haberte visto alguna vez. ¿De dónde sos?

-De Villarrica, mi Teniente.

-¿Cómo te llamás?

- Julián Talavera, mi Teniente.

-Vas a ser mi ordenanza -le dije. [178]

Ni alto ni bajo, tenía una expresión resuelta en una cara más o menos blanca, como cualquier otra; tenía una mirada noble. Adiviné una fortaleza incansable en sus dieciocho años. Esta era su edad. Los pilas más fuertes no son los que parecen más forzudos. Hasta los más desgachados de aspecto, resultan muchas veces los mejores. Desde aquel día Julián Talavera fue mi ordenanza.

Recibimos órdenes no muy claras de avanzar hacia Corrales. Nos pusimos en marcha. Yo desplegué mi Compañía conforme al Reglamento. Las tropas estaban bien entrenadas; nuestro Regimiento había sido formado sin apuro, durante la paz; la disciplina funcionaba bien. Todo el mundo conocía su oficio. Dos punteros, con el fusil agarrado con las dos manos, iban adelante, a unos cincuenta metros, como para cazar perdices, entre el pasto; ellos atraerían el fuego apenas los viera el enemigo; yo iba detrás, seguido por mi Plana Mayor; los pelotones, con su Comandante al frente, cubrían un área extensa, formando la retaguardia. Bien atrás iba mi ordenanza con todo su equipo y gran parte del mío. Llevaba una encomienda de no sé cuál de mis Madrinas de Guerra. Algo que a mí me gustaba, y me gusta mucho. Eran dos kilos de masitas de la confitería *El Progreso* de Asunción. Esa confitería ya no existe. Llevaba también una botella de jugo de limón con alcohol. Un famoso jugo que preparaba, creo, la Cruz Roja. Un jugo contra el escorbuto.

No sabíamos si nos mandaban a atacar Corrales, o a amagar un ataque, o a flanquear al enemigo. Los mandos menores no sabíamos estos detalles. Ibamos, sí, hacia el enemigo que nunca habíamos visto. De eso no había duda. Yo veía vagamente a los punteros con el fusil listo, casi del todo mimetizados en las malezas y boscajes ralos, o entre el pasto no muy verde. Llegamos a un paraje que nadie conocía; a la izquierda se extendía un cañadón; a [179] la derecha un bosquecito más tupido que los ya cruzados. La mitad de mí Compañía entró por el bosquecito; la otra siguió avanzando por el cañadón. Yo iba por una especie de camino que coincidía con la linde del bosque. Atardecía cuando dejamos atrás el bosque y nos encontramos en lo que resultó ser un campo de tiro, un gran pastizal, sin árboles ni arbustos. (Habían sido cortados para formar el campo raso; pero el pasto, que también debió de ser cortado, había crecido de nuevo, o lo dejaron más o menos como estaba, a propósito). El cielo se estaba volviendo rojo sobre nosotros. Hacia la derecha sonaron unos tiros de revólver. Era, parece, la señal. Los punteros se hicieron invisibles entre el pasto alto; todos nos echamos en tierra. Dos jinetes lejanos atrajeron nuestros tiros. Ya el fuego enemigo venía del uno al otro extremo de lo que era nuestro horizonte.

Hice emplazar una ametralladora pesada en mi flanco derecho; la Plana Mayor obedecía con rapidez increíble. Felizmente el pasto era alto y los de allá no podían ver nuestros movimientos que, más que de hombres agazapados, parecían de lagartos, verde como era nuestro uniforme y rápidos como eran nuestros deslizamientos a ras de tierra. Mi ametralladora, vieja y descalibrada, se trancaba a cada rato; las del enemigo segaban el pasto, lo cortaban que daba gusto. Dice Arturo Bray que la ametralladora, arma diabólica, es el enemigo de la infantería; destruye y aniquila a distancias cortas medias y largas. Pero mi ametralladora pesada, vieja como dije, no era enemiga del enemigo: disparaba cinco o seis veces, y se paraba. Hice entonces traer una ametralladora liviana, azul de tan nueva, para que estuviese activa mientras se trancaba la vieja. No teníamos cañones ni morteros para que hiciesen callar los parapetados nidos desde donde nos sacudían bala de lo lindo. Cayó la noche de pronto. El enemigo estaría como a cien metros de nosotros, o acaso menos. En la oscuridad se veían las rosetas [180] brillantes

del fuego de las ametralladoras. Yo me dormí después de un largo rato, como se durmió mucha gente aquella noche, en los dos bandos, creo. El cansancio a uno lo hace dormir aunque esté entre un tiroteo que uno hace y recibe, y las balas le pasan rozando. A mí me hicieron algunos agujeros en la gorra, y hasta me llevaron algunos pelos de sobre el cráneo; pero yo no me di cuenta de eso. Estaría dormido.

Hacia el amanecer yo estaba despierto; me extrañó que todo siguiera igual. Había tableteos discontinuos de ametralladoras enemigas; mi ametralladora pesada, afinaba a lanzar una rafaguita y se callaba; la liviana, entonces, se mostraba alerta. Encontré a mi lado una cantimplora llena de agua. Tomé el agua como desayuno, casi caliente, como café. El Sargento de la Plana Mayor me dijo que mi ordenanza había venido desde atrás, mientras yo dormía, con la caramañola de repuesto; agregó que se estaban acabando los proyectiles; le ordené que se fuera hacia atrás y que trajera la mayor cantidad posible. Volvió después de un rato con una bolsa llena, no del todo llena, de proyectiles. Creo que le di una raspa y le grité, porque el ruido era otra vez infernal con la luz nueva, que fuese a buscar más proyectiles, carajo, y que viera qué pasaba, por qué no venían más órdenes desde hacía horas. Volvió el sargento con la noticia de que ya no había nadie detrás; que el resto del Regimiento se había ido no se sabía adónde.

Todo aquel extraño combate en aquel extraño paraje, bosques que no eran bosques, campos que no eran campos, cañadones y caminos que no eran cañadones ni caminos, toda aquella confusión nos tenía mareados. No creo que nadie haya tenido miedo de verdad; yo no tuve miedo; sueño, sí. Sólo me interesaba estar allí tendido, casi cómodo, viendo si algo distinto pasaba, distinto del ruido. Y cada uno tenía su pocito individual, como una cama de [181] tierra. La noticia, sí, me dio un susto. ¿Qué íbamos a hacer allí, solos? Ordené un desprendimiento, cosa que la tropa entendió por lo entrenada que estaba. La Plana Mayor difundió la orden pelotón por pelotón en un zigzag de lagartos. No había teléfonos. La orden indicaba tomar el rumbo que habíamos seguido el día anterior, pero al revés. Mi compañía estaba casi intacta, excepto algunos muertos, pocos, que dejamos insepultos; a los heridos los pudimos traer.

Desaparecimos de aquel frente sin que los de allá se dieran cuenta de nada. Siguieron tirando y poco a poco el ruido que hacían se fue haciendo menos fuerte. Horas después, no sé cuántas, llegamos adonde estaba el resto del Regimiento. Nos miraron como si fuéramos fantasmas. ¿Qué había pasado? No recuerdo. Tal vez hubo un desbande, tal vez una retirada estratégica. No sé. Lo cierto es que nos recibieron con gran alegría; nos habían dado por muertos; creían que nos habían aniquilado sobre el campo de tiro. La víspera se quemaron más de dos millones de cartuchos; dos millones o un millón. Un millón es lo mismo que dos millones si a uno le disparan desde cien metros de distancia.

¿Y Julián Talavera? Mi ordenanza no había venido con nosotros cuando rajamos. Lo hice buscar por todas partes; nadie podía dar con él.

Simplificando lo que cuento para no aburrir: no fue cosa sencilla el desprendimiento; fue duro abrirse paso a machete entre aromitas y cactus. Ustedes deben imaginarse aquello. A mi ordenanza lo di por muerto; me dio lástima. Lo pasábamos mal en aquella campaña. Muy poca agua, y la poca, sucia, caliente; un [182] rancho infame, incomible; la galleta, agusanada. En fin, una vida perra; pero éramos jóvenes hace cincuenta años;

todo se aguantaba. Lo que no podíamos controlar era la imaginación. Uno imaginaba cosas raras, tonterías. Por suerte no pensábamos en cosas terribles, al contrario. A mí me dio por pensar horas y horas en las masitas de la confitería *El Progreso*, que no me había comido. Pensaba también en la botella perdida, de jugo de limón con alcohol.

Había muchos palúdicos y muchos enfermos de escorbuto. Yo era uno de ellos, y aguantaba. Aguantaba como tantos otros. En aquel tiempo hacíamos cosas que parecían de cajón; pero no lo eran. Para el paludismo había quinina, no mucha; para el escorbuto, de vez en cuando, jugo de limón. Las fiebres me tumbaban sobre el poncho. Tercianas y cuartanas me hacían delirar. Entonces veía a mi ordenanza caminar y caminar por montes y cañadones, perdido, hambriento, sediento, cayéndose cada cien pasos; pero vivo todavía. Uno de mis comandantes de pelotón, amigo mío desde el tiempo de la Facultad, me acompañaba. También estaba palúdico. Llevaba mejor que yo las fiebres porque era más fuerte.

¡Qué manía con tu ordenanza, con tus masitas, con tu jugo de limón! -me decía en mis momentos lúcidos.

Al tercer o cuarto día de no saber nada de su paradero, un soldado amarillo, esquelético, con los ojos hundidos, con la boca saqueada por el escorbuto, llegó tambaleándose hasta mi carpa. No había perdido nada de su equipo. Tenía el fusil terciado; la cantimplora, vacía, le colgaba a un flanco; el yatagán en su tahalí. Era, claro, Julián Talavera. Hizo la venia como pudo, me entregó las masitas, me entregó la botella de jugo de limón. No me explicó cómo se las arregló para sobrevivir. Combatió con patrullas, quemó todos sus cartuchos, se orientó y se perdió cien veces; tuvo hambre, [183] tuvo sed, tuvo pesadillas, tuvo espejismos. Tuvo, sobre todo, sed. Y todo lo aguantó, sobre todo la sed, mil veces peor que el hambre.

Apenas terminó de hablar, cayó de bruces desmayado.

Volvió en sí, recuperó las fuerzas poco a poco. Le di, claro, la poca agua que yo tenía y hasta la última gota de la famosa botella.

¿Y las masitas? Se negó rotundamente a comer una sola.

-¡Son de usted, son de usted! -repitió muchas veces entre sus dientes minados por el escorbuto. [184]

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo